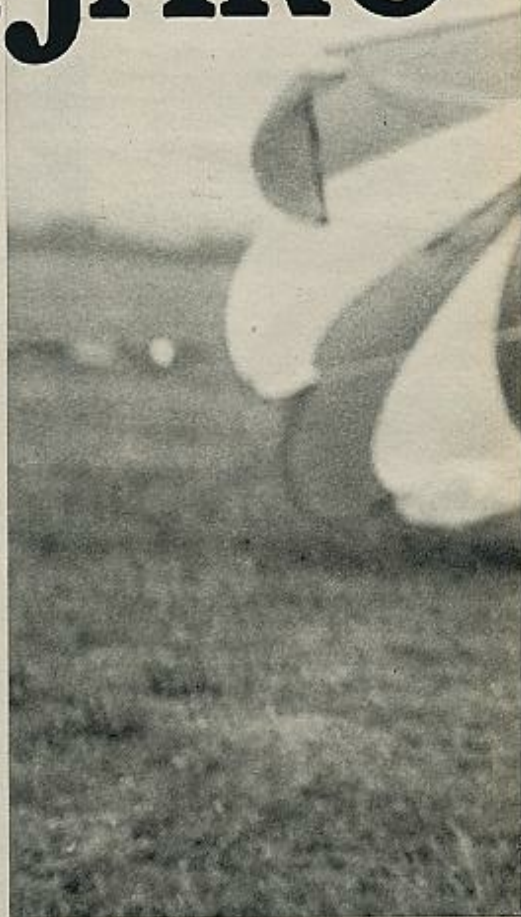


4.000 METROS DE CAIDA LIBRE

EL ULTIMO HOMBRE PAJARO



Sobre estas líneas, Guy, el hermano de Gerard, que murió hace dos años, durante la realización de un arriesgado salto. A la derecha, Gerard con Odette, en uno de los raros momentos de calma que lograban disfrutar, ya que siempre, después de un salto, y llevado por la necesidad de superarlo, empezaba a prepararse el próximo...



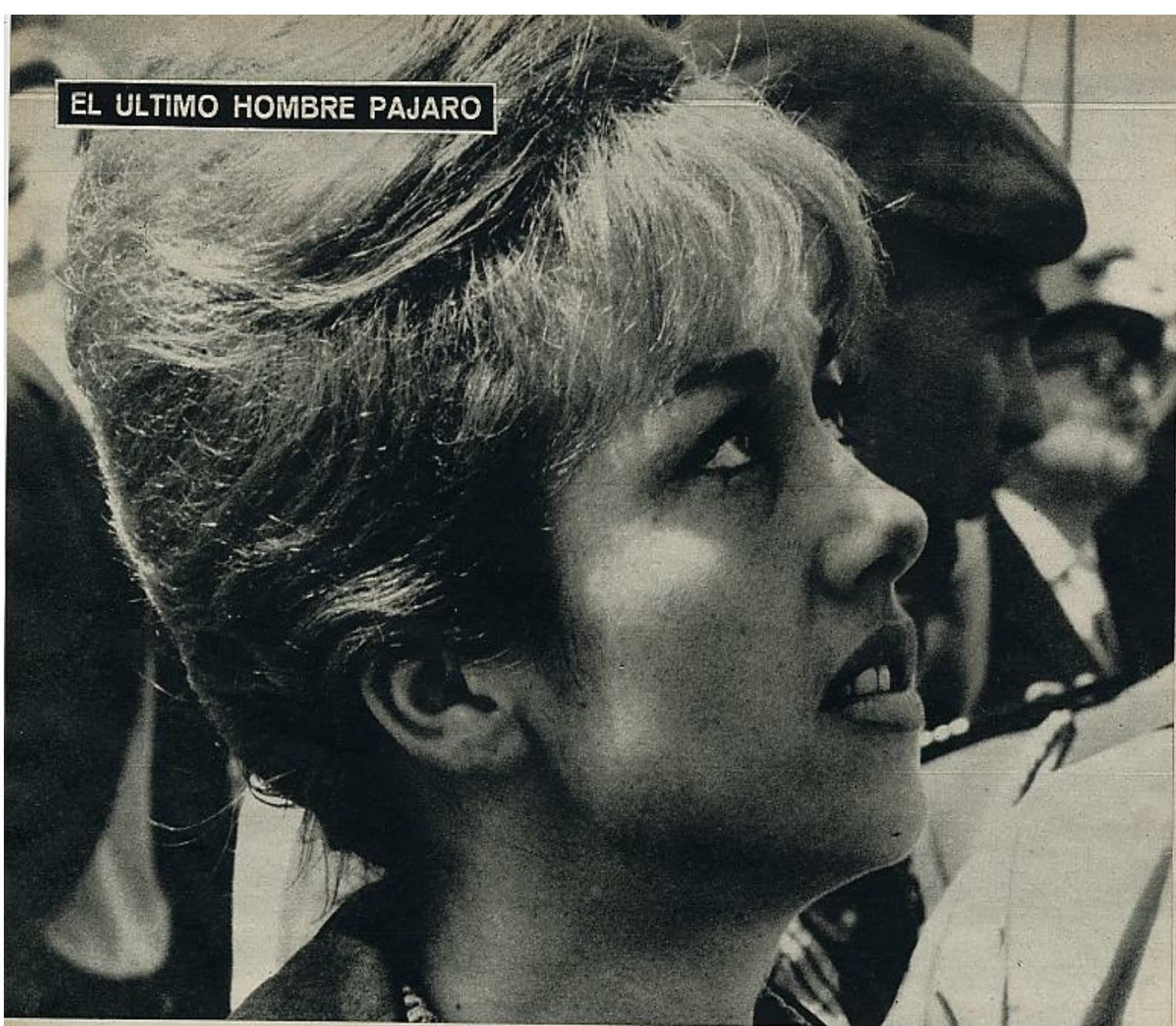
Dos años después de la muerte de su hermano, Gerard Masselin se estrella en Alemania

A CABA de morir, estrellado contra la tierra, el último «hombre pájaro». No hace mucho tiempo había dicho: «Un día volaré tan alto como el Mont-Blanc». No llegó a hacerlo, pero le faltó muy poco. Se había remontado a 4.000 metros y, desde allí, quiso intentar el gran salto. Las previsiones fallaron, sus alas de lona no se abrieron y el paracaídas tampoco. Después de una caída vertiginosa que para él debió durar siglos, Gerard Masselin, ante una muchedumbre horrorizada, entre la que se encontraban su padre y su mujer, encontró una muerte espantosa.

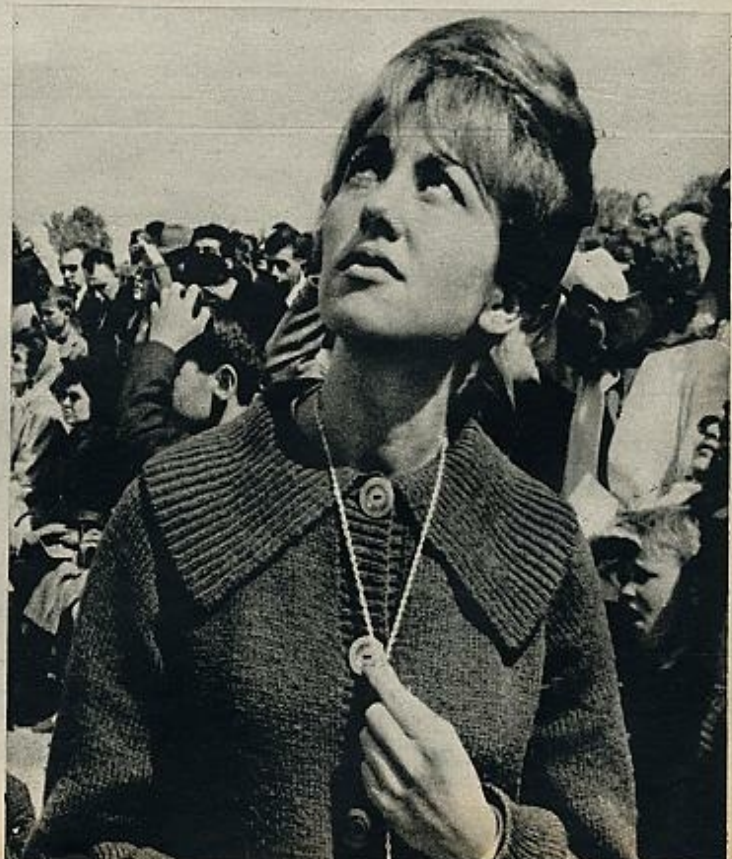
Hace dos años, en Doncourt-les-Conflans, cerca de la ciudad francesa de Metz, otro hombre pájaro célebre murió de la misma manera. Se trataba de

Guy Masselin, hermano de Gerard. Una larga tradición familiar existía tras ellos. Realizar el sueño de Icaro era la mayor ambición de los Masselin. Ambición, si se quiere, un tanto desplazada en un mundo y una época en que el avión se ha convertido en el medio de transporte más utilizado para los viajes largos, pero ambición arraigada profunda y sinceramente en el corazón de toda esta familia. Guy, el hermano de Gerard, que le precedió en la carrera de la muerte, había puesto a punto un sistema que le permitía planear en el aire, como un inmenso murciélago, antes de abrir su paracaídas para aterrizar lentamente. Había pedido a su hermano que, si le sucedía algo, continuase sus experiencias. Gerard había aceptado; lo había prometido. Ello le llevó a **SIGUE**

EL ULTIMO HOMBRE PAJARO



Odette, la esposa de Masselin, le seguía a todas partes, sonriente y animosa. A veces llegó a acompañarle en el avión desde el que se lanzaba. El día del trágico accidente estaba mezclada con millares de espectadores, en el lugar del siniestro.



conseguir, hace apenas un año, realizar un vuelo perfecto, limpiísimo, de tres mil metros. Ahora, cuando intentó superar su propia marca, subiéndola a los cuatro mil, su vida terminó.

Odette, su esposa, le seguía a todas partes, siempre sonriente; de reunión en reunión, de manifestación deportiva en manifestación deportiva. A veces, incluso, le acompañaba en el avión que debía lanzarle, para estar con él el mayor tiempo posible. Se habían casado hace un año. Antes del matrimonio, siendo ya novios, ella le había pedido que dejara estos arriesgados ejercicios, que no volviera a saltar; cada vez que veía a su prometido en el aire, a su imagen se superponía, inevitablemente, la del hermano muerto en la prueba. Gerard lo comprendía, se explicaba perfectamente la angustia de la joven, pero la promesa que le ligaba al hermano muerto era más fuerte que todo lo demás. Una vez que el matrimonio se hubo celebrado, Odette no volvió a hablar del asunto. Se limitó a ser la compañera perfecta, siempre atenta a la menor necesidad de su marido, siempre dispuesta a hacerle más llevaderos los momentos de tensión, a darle ánimos cuando más lo necesitaba, aparentando una serenidad que estaba lejos de sentir.

Cuando hace sólo unos días, en una inestable tarde de domingo, sintió su brazo oprimido por el del padre de Gerard, presintió que lo inevitable había llegado. Era en el aeródromo de Klausheide, en Alemania, y se celebraba un festival aéreo. Su suegro la sostuvo, la apretó en sus brazos cuando el cuerpo de su marido chocó, indefenso, contra la tierra. Ella no gritó, no lloró. Solamente dijo una frase: «Ya lo sabía»...

(Reportaje exclusivo EUROPRESS)

Gerard Massellin había llegado a realizar saltos de hasta tres mil metros, terminados siempre con felicidad. Hasta que un día, en un aeródromo de Alemania, concretamente en Klausheide, la desgracia se produjo al no abrirse el paracaídas...

